

IV. SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DE LA
ILMA. SRA. D^a. MARÍA TERESA GARCÍA MORENO

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. JUAN MIGUEL MORENO CALDERÓN

Constituye un gran honor para mí participar en esta sesión necrológica que nuestra querida Academia brinda hoy a la memoria de María Teresa García Moreno, numeraria de esta corporación durante casi sesenta años¹, catedrática de Piano que fue del Conservatorio y eminente pianista y conferenciante.

Como discípulo suyo que fui, entre 1971 y 1981 (año éste de su jubilación), pero también como músico y como cordobés, y, por qué no decirlo, también como actual director del Conservatorio Superior de Música, siento una enorme satisfacción, a pesar de la hora triste del recuerdo, al poder proclamar, con profunda convicción y desde esta distinguida tribuna que tantas veces ocupó María Teresa, la inmensa suerte que tuvo Córdoba al contar con esta madrileña de cuna: una artista insigne e intelectual de anchas miras, y, sobre todo, un ser humano verdaderamente excepcional.

Y quiero recalcar dicha relación con Córdoba, no ya por las muchas generaciones de pianistas que aquí formó, ni por ser una de las figuras más destacadas en la centenaria historia del Conservatorio, o por sus espléndidos trabajos realizados en esta Academia (y de los que deja venturosa constancia el *Boletín*²), sino por algo más significativo aún, como es el hecho de que, pudiendo haber regresado en numerosas ocasiones al Madrid de su infancia y juventud (con motivo de cualquier concurso de traslados, que hubiese ganado por antigüedad y mérito), María Teresa decidiese quedarse aquí. En esta Córdoba, a la que llegó en 1941 para ocupar una cátedra del Conservatorio; una Córdoba, aquella de la posguerra, difícil, macilenta y desgarrada, pero de la que se enamoró nada más llegar. "Córdoba me pareció maravillosa", le confesó en 1985 al periodista Francisco Solano Márquez³, para añadir: "Desde el primer momento me gustaron todas las iglesias, fabulosas, y los atardeceres, bellísimos; sí, aquellos atardeceres de Córdoba tenían mucha poesía, especialmente en la Sierra, pero también por la Catedral, por los barrios típicos, por la Ribera, por el Campo de la Verdad"⁴.

Y el caso es que aquí se quedó, con ilusión y felicidad indisimuladas. Y sin echar nunca de menos su Madrid natal y el pujante Real Conservatorio de sus brillantes estudios, con Conrado del Campo, Joaquín Larregla, Rogelio del Villar y Pedro Fontanilla (estudios que acabó con Premio Extraordinario, cuando sólo contaba trece años de edad); ni la vida musical capitalina, mucho más rica y estimulante que la que Córdoba podía ofrecerle. Y sin echar de menos, ni tan siquiera, su propia actividad concertística, menguada ya de por sí a raíz de la incivil guerra. Muy al contrario, María Teresa se

¹ Ingresó como correspondiente el 6 de marzo de 1943, siendo director de la institución D. José Amo.

² Entre otros temas, dedicó particular atención a compositores como Chopin, Liszt, Debussy, Albéniz y el cordobés Cipriano Martínez Rucker.

³ MARQUEZ CRUZ, F.S.: *Memorias de Córdoba*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba, 1985, p. 92.

⁴ *Ibid.*, pp. 92-93.

dedicó en cuerpo y alma a nuestro Conservatorio, a *su* Conservatorio (que entonces estaba en una casa solariega de la calle Carreteras, hoy Pedro López⁵), y a sus alumnos.

Llegados aquí, permítanme que me detenga en esta faceta de María Teresa: su magisterio. Y no por haber sido privilegiado beneficiario del mismo, o por ser esto algo que me resulta particularmente cercano por mi propia profesión, sino porque dicho magisterio alcanzó caracteres verdaderamente sobresalientes; al tiempo que resultó providencial en una Córdoba de pocas oportunidades para los melómanos y para los estudiosos de la música. Un recordado magisterio, en efecto, que María Teresa compaginó con el desempeño de la secretaría del centro⁶, y con la preparación de brillantes conciertos, que la dieron a conocer prontamente en la sociedad cordobesa.

Y es que María Teresa trajo consigo un imponente bagaje musical y cultural, atesorado en Madrid y, más tarde, en París, junto a la mítica Marguerite Long, directa depositaria como intérprete del arte de Debussy, Ravel, Fauré y otros músicos franceses. En verdad, María Teresa no dudó en ofrecer a sus alumnos y a sus compañeros, con la generosidad de los grandes maestros, el fruto de esa fantástica experiencia vivida en un París efervescente todavía por las vanguardias históricas en las artes plásticas, y con una vida musical de ensueño.

Aunque la guerra había truncado, como a tantos jóvenes de talento, fundadas expectativas e ilusiones en realizar una carrera concertística de altos vuelos⁷, la grandeza personal de esta mujer era tal, que, sin el menor resquicio de resentimiento o frustración, supo aceptar todo aquello y entregarse a una provinciana ciudad del sur de España, en la que muy pocos podían esperar, con sincera expectación, la revelación de una música que traspasase los confines de la tradición clásico-romántica, la ópera italiana y la zarzuela. Y es que, a diferencia de tantos y tantos maestros de su generación, anclados con regocijo en dicha tradición, que difícilmente iba más allá de los clásicos vieneses y el gran repertorio romántico, María Teresa abrió las puertas de la contemporaneidad, para mostrarnos con pasión el vigor de las vanguardias. Ciertamente, Bartok, Berg o Messiaen tuvieron aquí una voz convincente y convencida.

Con todo, su curiosidad iba aún más lejos. También en dirección contraria: a la búsqueda, con igual pasión, de las melodías perdidas de Sefarad; a sumergirse en el arabismo en boga de Julián Ribera o a revivir las cantigas del rey sabio⁸. Precisamente, sobre este último tema versó su discurso de ingreso como numeraria de la Real Academia cordobesa, leído el 3 de mayo de 1945. La madrileña revista *Ritmo* (decana de las publicaciones musicales especializadas) se hizo eco del acontecimiento, a través de su corresponsal en Córdoba. Entre otras cosas, decía:

“El día 3 de mayo tuvo lugar en el amplio salón de sesiones de la Excma. Diputación Provincial la recepción académica de la señorita María Teresa García Moreno, catedrático de Piano de este Conservatorio, como académico de número de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de esta ciudad.

⁵ Hasta 1945, en que el Estado adquirió el actual inmueble sito en la calle de Ángel de Saavedra. Sobre este particular, véase mi libro *Música y músicos en la Córdoba contemporánea*. Cajasur, Córdoba, 1999, p.175 y ss.

⁶ Fue nombrada para ese cargo, por el Ministerio de Educación Nacional, en 1945, al tiempo que Joaquín Reyes Cabrera lo era para el de director. Y lo desempeñó ininterrumpidamente durante 36 años: hasta 1981, en que se jubiló. *Ibid.*, pp.176-177.

⁷ En 1936 ganó el primer premio de un concurso internacional de piano celebrado en la capital gala.

⁸ Lo que la convirtió en la primera mujer que ocupaba un sillón de número en la docta institución. Le contestó Francisco Algaba, muy conocido como autor de la obra *Bocetos cordobeses*.

Fue un acontecimiento singular, por la personalidad de la señorita García Moreno y por la novedad de ser una mujer la que hacía su ingreso (...) El discurso versó acerca de las *Cantigas* del heredero de la excelsa corona de San Fernando. Y el tema fue el siguiente: *¿Cuáles fueron los orígenes musicales de las Cantigas?* La lectura del discurso, que duró una hora, fue seguida con vivo interés por todos los asistentes, porque la señorita García Moreno une a sus grandes dotes artísticas una gran cultura musical y singulares dones en el arte de la declamación. El discurso fue una maravillosa disertación, que puso de manifiesto sus profundos conocimientos histórico-artísticos, aportando numerosas pruebas para defender la tesis propuesta. A los innumerables datos históricos se unió una admirable trabazón lógica de los argumentos, juntamente con una erudición poco común, fruto de su gran preparación, artísticamente integral...⁹.

Ciertamente, su curiosidad era insaciable, como vasta su cultura, y abierta y flexible su mentalidad. Pero, aun siendo todo esto muy importante, y la razón primera para que cautivase a estudiantes, profesores y estudiosos en general, lo cierto es que la más perdurable enseñanza de María Teresa tuvo como protagonista al ser humano. Su ejemplo de respeto a las ideas y a las personas, su infinita comprensión y su profundo amor a la Humanidad fueron una permanente lección, totalmente impagable, para quienes tuvimos la fortuna de tenerla como maestra. Por cierto, una sabia maestra, que era capaz de conseguir lo imposible: que cada uno de sus discípulos se sintiera predilecto. Tal era el amor con que envolvía su enseñanza. Y aunque, como es lógico, pudiera entusiasmarse con algún talento excepcional, su entusiasmo era íntimo; quizá, porque, por encima de ese don, María Teresa valoraba el esfuerzo y la capacidad de superación. Y así, al tiempo que daba alas al tocado por la excelencia, derramaba toda su paciencia y vocación en quienes más necesitaban de ello. No en balde, María Teresa sabía muy bien, como niña prodigio que había sido, que, mientras el poseedor de un gran talento siempre aprendería, a la mayoría había que enseñarle con tanta paciencia como amor.

Y quizás eso explique que todos cuantos estudiamos con ella, nunca dejásemos de profesarle un profundo respeto y un renovado cariño. Nosotros, mejor que nadie, sabíamos que, tras su natural seriedad, entre tímida y escéptica, se escondía una emocionante ternura e infinita comprensión.

Por eso, al recordar hoy aquí a María Teresa, bien puedo decirle aquello tan hermoso, que inmortalizara Ernesto Lecuona en una célebre y preciosa canción: *Siempre en mi corazón*.

⁹ *Ritmo* (Madrid), 181 (1945), p.21.

INTERVENCIÓN DEL ILMO. SR. D. MIGUEL SALCEDO HIERRO

Cuando María Teresa García Moreno vino a Córdoba, manifestó su admiración por dos de sus tesoros: las iglesias y los atardeceres. Fue persona de fe sin alharacas y espíritu sutil carente de fisuras.

Había nacido para la música y trataba de aparentar que no la amaba demasiado; pero tengo el convencimiento de que su inmenso amor estaba aprisionado por las férreas cadenas de su invencible timidez.

Tocaba el piano con precisión y elegancia y pasaba sus manos sobre el teclado con tan admirable disposición que parecía como que el marfil era acariciado por el mágico mecanismo que surgía de sus dedos, a través del impulso de su mente y su corazón.

Se empeñaba en parecer una persona fría y distante; pero los ojos se le encendían cuando recibía la admiración silenciosa o en el caso de que algún alumno lograra interpretar a su gusto, por fin, la obra musical que se le había estado resistiendo durante semanas.

En una ocasión tuvo María Teresa la oportunidad de decir quiénes fueron sus alumnos predilectos. Debo aclarar que ella no hablaba de predilecciones, sino de menciones en sus recuerdos.

Nombraba en primer lugar a Rafael Quero, del que decía que era eminente concertista y que, por rara conincidencia, fue Director del Conservatorio de Música, mientras que ella seguía prestando sus servicios al Centro como Secretaria.

Y en una entrevista que le hizo Francisco Solano Márquez en 1985, cuando fue preguntada, “¿Qué otros alumnos destacados recuerda?”, respondió textualmente:

“De los últimos años a Juan Miguel Moreno Calderón, hijo de María del Valle Calderón Ostos. Es un chico que vale mucho, muchísimo...” Y añadió: “Ya es profesor del Conservatorio”.

Cuando el periodista la invitó a que dijera más nombres, dio respuesta:

“Realmente, casi todos los profesores del Conservatorio han pasado por mi clase: Pilar de Julián, Pepi Molero, Ángeles Plaza, Mercedes Mariscal, María Luisa Delgado, María del Valle Calderón, Fernando Chicano, José Manuel Cuenca, Marisol Nieto, Francisco José González Sánchez...: casi todos. En el Conservatorio de Madrid también hay dos alumnas más: María Consuelo Martín Colinet y Pilar Albalá. Y en tierras valedianas, Rogelia Romero Cayetano... En fin: alumnos he tenido muchísimos y muy buenos, pero prefiero no citar más nombres, porque se me olvidarían algunos y no quiero que nadie se ofenda”.

Pero después de aquel claro alarde de manifestar ser profesora de profesores, volvió a encerrarse en su innata concha de modestia para centrar el temas de sus discípulos:

“No, no. Yo digo que no he tenido ninguna influencia sobre ellos, ya que a todos mis alumnos les he enseñado lo mismo. Unos han salido buenísimos; otros buenos; otros regulares; y otros...”

Antes de llegar a Córdoba y a su Conservatorio, María Teresa había cubierto una interesante etapa de concertista.

Sus conciertos fueron memorables, aunque ella opinara que no eran dignos de dejar ninguna memoria. No lo entiendo yo así: lo que ocurre es que toda interpretación musical, por notable que fuera, en los tiempos pianísticos de nuestra querida académica, no podían pasar de los límites de lo efímero.

Se carecía de toda clase de medios de conservación y reproducción. Sólo existían los fonógrafos y gramófonos, pero muy rudimentarios y de difícil acceso.

María Teresa había terminado la carrera en Madrid a los 13 años –cumplidos en 1924–, luego se dedicó a ampliar conocimientos de piano con don Pedro Fontanillas; posteriormente estudió composición con don Conrado del Campo. En 1935 consiguió una beca de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y se marchó a París para efectuar ampliación de estudios con Margarita Long, y a comienzos de 1936 volvió a España; pero vino la guerra y...

Dejo mi palabra en el aire para que lo refiera ella misma:

“... A mi padre lo fusilaron –que conste que no era persona derechista ni política; era un idealista; yo digo que era un santo laico– y a mi madre no le quedó ninguna pensión de viudedad; así que me sindicué en UGT (donde había artistas muy buenos; entre ellos recuerdo al maestro Tellería, el autor del «Cara al Sol», y durante la guerra estuve trabajando como pianista en la orquesta del Teatro de la Zarzuela de Madrid, que era entonces el Teatro de Arte y Propaganda que llevaban María Teresa León y Rafael Alberti...”.

Me he permitido señalar todas estas primeras circunstancias, vivenciales y artísticas, para mostrar cuán sólida, diversa y fundamentada estaba su presentación.

Pronto advirtió sus excelencias esta Real Academia y le abrió sus puertas bajo la dirección del longevo y prestigioso don José Amo, primero como correspondiente en 1943 y finalmente como numeraria el 3 de mayo de 1945. Ha estado, pues, en su cargo la dilatada posesión de cincuenta y ochos años.

Su constante dedicación musical se la prestaba esencialmente a la escuela creada por los compositores franceses; pero su curiosidad para toda armonía le hizo intentar un acercamiento a nuestros cantos populares. Por eso, en el año 1951 protagonizó un original episodio del que yo fui testigo. Se hizo con un vestido de faralaes y, de esa manera, con atavío de gitana, se fue, acompañada de don Dámaso Torres, a la sazón flamante director de la Banda Municipal de Música, nada menos que a la Romería de Santo Domingo.

No era aquello lo suyo; pero reflejó las impresiones de aquel día –naturalmente, a su manera– en un trabajo publicado en el *Boletín* de esta Real Academia.

Como si buscara para morir la forma modesta y tímida donde se había deslizado su extensa vida, rindió la jornada de su existencia durante los últimos días navideños del pasado año... En el anonimato, en la soledad...

Sus cenizas reposan en el cementerio del Nuestra Señora de la Fuensanta. Allí llega, casi de manera musical, el perfumado viento de la Sierra. Y aunque María Teresa no pueda verlo ni sentirlo con impresión corporal, su espíritu selecto, en la indudable gloria merecida, recibe perpetuamente el sencillo homenaje que le ofrecen los atardeceres de Córdoba, que fueron meta de sus sueños.

INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. D. JOAQUÍN CRIADO COSTA

En el ya lejano 13 de febrero de 1943 los Académicos Numerarios D. José Amo, D. Rafael Castejón, D. Pascual Santacruz, D. Antonio González Soriano y D. Antonio Sarazá presentaban una propuesta para nombrar Académica Correspondiente a la "Srta. María Teresa García Moreno, profesora del Conservatorio Provincial de Música". Así rezaban los términos de la propuesta.

El documento pone de manifiesto la temprana y continua apertura de la Academia a la mujer -pues M^a. Teresa no fue la primera ni mucho menos- y que las propuestas podían firmarlas más de tres Numerarios.

Madrileña de nacimiento, la profesora García Moreno vio la luz primera el 29 de noviembre de 1910 y en la villa del oso y el madroño comenzó su carrera musical cuando sólo contaba siete años. Los estudios superiores de Piano los realizó bajo la dirección de D. Joaquín Larregla, en el Real Conservatorio de Música y Declamación de Madrid, terminándolos a la edad de trece años con primer premio por unanimidad y también con primer premio por unanimidad finalizó los estudios de Armonía y de Composición, materias en las que recibió las enseñanzas de los maestros P. Fontanilla y Conrado del Campo.

Bien comenzaba la joven María Teresa, que en 1931 obtuvo el primer premio en el "Concurso para pianistas" celebrado en Madrid.

Pasó a París, pensionada por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, con una beca de la Fundación Conde de Cartagena. Allí amplió sus estudios musicales con Madame Marguerite Long, obteniendo el primer premio en el Concurso Internacional celebrado en París en 1936.

Cuatro años más tarde, en 1940, fue nombrada Profesora Auxiliar de Piano Superior en el Conservatorio de Música y Declamación de Madrid.

Un año después, en 1941, vino destinada a Córdoba, para desempeñar interinamente la Cátedra de Solfeo y Piano en el Conservatorio de Música y Declamación de nuestra ciudad.

Ante semejante autoridad musical, a pesar de su juventud, no tardaría esta Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes en llamarla a su seno en calidad de Correspondiente, en febrero de 1943, como ya hemos visto. Contaban antiguos Académicos que todos quedaron admirados de su juventud y belleza personal, de su arte, de su elegancia y distinción, de su extensa cultura y de su sencillez.

Al año siguiente, 1944, había sido propuesta para Académica Numeraria y elegida por aclamación, verificando su ingreso como tal el día 3 de mayo de 1945, año este último en que por orden del Ministerio de Educación Nacional era nombrada Secretaria del Conservatorio, cargo que desempeñó durante muchos años, hasta 1980, en que se jubiló. Le fue concedido por el Gobierno el Lazo de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

A lo largo de su vida y como concertista de piano actuó en numerosos recitales en Madrid, en Córdoba y en otras provincias. Igualmente se prodigó como conferenciante de temas musicales, que exponía con rigor y sensibilidad a un tiempo. Escenarios de sus recitales y conciertos fueron el Teatro Español, el Círculo de Bellas Artes, la sala María Cristina, la Masa Coral, el Hogar Vasco, el Teatro Infanta Isabel de Madrid y la Sociedad Filarmónica de Segovia, entre otros. Y en Córdoba, el Círculo de la Amistad.

Todo lo anterior reza en una sucinta biografía publicada en el número 54 de nuestro *Boletín*, de julio a diciembre de 1945, cuando la publicación sólo contaba dieciséis años de vida. Por cierto, que en dicho número, en cuyas páginas aparece su discurso de ingreso, titulado “¿Cuáles son los orígenes musicales de las Cantigas?”, se lee la siguiente observación: “El 3 de mayo de 1945 leyó su discurso de ingreso en nuestra Real Academia de Córdoba la Srta. María Teresa García Moreno. Por una desgraciada casualidad, debida al envío de dicho discurso a Madrid, para que lo conociera un distinguido musicólogo, que falleció inesperadamente, el original se ha perdido, y por consiguiente sólo podemos dar un resumen de tan notable trabajo”. En él trataba de demostrar que una buena parte de la música de las cantigas del Rey Sabio no es de origen árabe.

Sirvió de ilustración y colofón al discurso la interpretación por D^a. Isabel Gordillo, acompañada al piano por la nueva Numeraria, de las siguientes cantigas: “Aquea que a seu Fillo”, “Ben venas, mayo”, “Porque ben Santa María”, “Por grant maravilla tenno”, “Ben sab’a quele pod’e e val”, “En o pouco et no muito”, “O que pola Virgen leixa” y “A Madre do que livrou”.

Como Numeraria ocupó la vacante producida por fallecimiento del escultor y troquelista D. Ezequiel Ruiz y su discurso fue contestado por D. Francisco Algaba Luque, quien consideró un inmerecido honor el “ser vocero de esta Real y centenaria Academia en la recepción de la primera dama -decía- que ocupó un sillón de Numerario en nuestra solariega casa de las ciencias, las letras y las artes”.

De María Teresa dijo el Sr. Algaba Luque: “¡Bienvenida seáis, maga del sonido, hada nivea del divino arte! Vuestro acceso a esta mansión secular del espíritu de Séneca, a este remanso de paz, de cultura y de trabajo, es nuncio de bonanza y de futuras complacencias; ya que con vuestro maravilloso arte haréis vibrar nuestros corazones a impulsos del sentir y con vuestra sapiencia, musicóloga, bañaréis nuestras almas en las deliciosas aguas del conocer”. Y continuaba: “María Teresa, que con tal dicción se la conoce en los círculos más cultos y selectos de esta ciudad, vino a Córdoba el año 1941, y poco después cundía su nombre, con admiración y respeto de todos, por la exquisitez de su arte y amenidad de su trato. ¡No fue, en esta ocasión, la ciudad califal, exponente en la indiferencia moruna que, por tradición y recato, le atribuyen algunos”. En otros momentos de su intervención dijo: “Con artístico acierto, femenina delicadeza y sentimental patriotismo, ha elegido la señorita García Moreno, para tema de su discurso de recepción las cantigas de Santa María...”, “¡Bienvenida seáis, maga del divino arte! El Rey Sabio, Don Alfonso, con sus Cantigas inmortales, os abrió de par en par las puertas de esta mansión. Sois la primera dama a quien la Academia cordobesa concede el título de Numerario. Si con ello recibís honor, bien lo pagáis con el que nos da vuestra presencia. Al dintel de nuestro hogar salimos todos los que en él vivimos ya, para recibirlos con la hidalga galantería, distinción y complacencia que vos merecéis”.

María Teresa no fue nunca asidua de las sesiones académicas, pues su horario necesariamente vespertino y su cargo de Secretaria del Conservatorio, largamente desempeñado como se ha dicho, le hacían difícil o imposible su asistencia a las mismas. Pero mantuvo siempre un alto respeto y un profundo afecto a la Institución que demostraba frecuentando las páginas del *Boletín* de la Corporación y colaborando puntual y generosamente en cuantas actividades era requerida.

Al margen de su discurso de ingreso, publicado en el número 54 del *Boletín*, como ha quedado dicho, sus páginas recogen los artículos “Biografía crítica de Manuel de Falla” (Nº 56, julio-diciembre 1946), “Un centenario y una evocación: Federico Chopin (1849-1949)” (Nº 61, enero-junio 1949), “Discurso de contestación al de ingreso de

Dámaso Torres García” (Nº 64, julio-diciembre 1950), “Remembranzas musicales. Discurso de apertura del curso académico 1950-51” (Nº 64, julio-diciembre 1950), “Evocación lírica de Santo Domingo de Scala Coeli” (Nº 65, enero-junio 1951), “Figuras cumbres del Romanticismo: Franz Liszt, 1811-1961” (Nº 82, julio-diciembre 1961), “Franz Liszt en Córdoba” (Nº 112, enero-junio 1987), “Músicos españoles: Isaac Albéniz” (Nº 116, enero-junio 1989) y “Discurso de contestación al de ingreso de D. Joaquín Reyes Cabrera” (Nº. 123, julio-diciembre 1992). Ocupó la “Galería de Académicos” del número 101 del *Boletín*, correspondiente al año 1980.

Todas estas colaboraciones reflejaban otras tantas intervenciones suyas en la Academia, en la que igualmente ofreció conciertos y recitales de piano que eran claro exponente de su calidad interpretativa. Algunos de los aquí presentes fuimos testigos privilegiados de ellos.

De su personalidad, de su elegancia espiritual y de su inteligencia también me es posible dar claro testimonio, pues gocé de una entrañable amistad con María Teresa en los últimos decenios de su vida, en los que sufrió la soledad y el olvido de una persona carente de familia. Mantuve frecuentes y largas conversaciones con ella, en las que me hablaba de su infancia, adolescencia y primera juventud en Madrid, en el céntrico Paseo de las Delicias, cercano a Atocha, y de la evolución posterior de la Córdoba que ella conoció a su llegada a una ciudad carente de casi todo, incluida la cultura.

Destacaré un rasgo de generosidad poco común. Al verse cargada de años y que un Académico Correspondiente de la Sección de Nobles Artes, con notable antigüedad y también mayor, probablemente no pudiera pasar nunca a Numerario, se ofreció a renunciar a su plaza para que el tal compañero pudiera ocuparla.

De su preclara inteligencia y de su elegancia espiritual procedían atinados y justos comentarios sobre personas y cosas, que demostraban un conocimiento profundo de virtudes y defectos que la hacían poner cada hecho y a cada uno en su sitio con contundencia, si bien con delicadeza suma y con elevadas dosis de comprensión y tolerancia. De ella aprendí mucho de conductas pícaras de una época, la suya, en la que la carencia y la necesidad casi generalizadas marcaban el quehacer de las personas de su entorno más directo.

Y por último, sobre su extraordinaria sencillez baste decir que habiendo sido hija de un ingeniero industrial destinado en la RENFE, en una época en la que los ingenieros pertenecían a una elevada, privilegiada y casi intocable clase social, María Teresa se declaraba siempre “hija de un ferroviario”.

Descanse en paz la mujer justa y buena, inteligente y sencilla, guapa y elegante, culta y discreta, comprensiva y tolerante, “la maga del sonido y el hada nivea del divino arte” que dijera D. Francisco Algaba Luque, la Señora de la Música en esta casi bicentenaria Casa -decimos nosotros- que fue María Teresa García Moreno y que voló de este mundo el 27 de diciembre del año 2003 sin el calor, sin la compañía, sin el afecto que incomprensibles circunstancias del destino le negaron. Seguros estamos de que Dios le ha premiado sus amplias virtudes. Así lo pedimos.

Se levanta la sesión.